



Versos del Insomnio

Víctor Manuel Jiménez Andrada

Escaleras

La escalera desciende,
los peldaños desiguales me hacen tropezar.
El vértigo se ata a mi cuello
y la fuerza de la gravedad
me enreda los pies.
La caída es irremediable.
Mis rodillas sangran.

Dolorido, me levanto.
Un poco más allá,
la orilla de un lago subterráneo
me brinda su frescura.
Me sumerjo hasta el pecho,
respiro hondo
y me quedo
dormido.

No, no duermo.
Esto no es más que el decorado
de los desvelos que me acechan.

Lecciones en duermevela

El maestro viene a buscarme con inusitada algarabía.
A trompicones me saca de mi cueva de anacoreta
mientras sermonea el decálogo de siempre.
Su discurso ecuménico vaticina grandes propósitos.
Salimos, tomados del brazo, con precipitación.
Cuando llegamos a la sala de juntas están reunidos.
Dos sillas frías aguardan el tacto de nuestra carne.
El consejero jefe me mira a los ojos y todos le imitan.
Busco la presencia del maestro, pero ya no está.
Los trajes de chaqueta y las corbatas imponen su credo.
Cuando bajo la vista, naufrago en el estupor,
¡voy en pijama!

Por fortuna sigo dormido
(o eso creo).



Noche de lobos

A horcadas de una promesa vana
aderezo las tinieblas con la luz de un farol,
pero el suplicio habita en terribles palabras
escritas con tinta indeleble en el reverso de los ojos.
Dicen que la noche en el monte es para los lobos,
me pregunto para quién es la noche en esta selva
de cemento y luciérnagas artificiales.
Quizás es el momento de bajar de mi cabalgadura
y seguir a pie,
lejos del riesgo controlado
que se compra en las esquinas.

Sic transit gloria mundi

La estatua de ceniza alberga una minúscula fracción
del eco de un latido atado a las agujas de un reloj
para recordarnos que el tiempo de las nueces profetiza
la eternidad blanca de las cadenas de hielo.

Temo cerrar los ojos cuando el aire acondicionado
de las salas del tanatorio se divierta mezclando las moléculas
y expanda la ofrenda de un suspiro póstumo,
convertido en polvo coloreado por los tubos fluorescentes.

A estas horas extrañas,
Lomonósov y Lavoisier pasean de la mano
por el jardín que abraza el perímetro de mi sombra
y el susurro de su conversación indescifrable
infesta de ampollas el último bastión de mi sosiego.

